



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 20 DE FEBRERO DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

¡Qué la música siga oyéndose!

NO SE TE OCURRA MORIRTE EN DOMINGO...

OLGA DE LEÓN G.

Ni en lunes, martes, o cualquier otro día de la semana, ni del año: No se te ocurra morir: No te mueras; sigue viviendo, respira hondo y profundo, toma mi mano... yo te seguiré sosteniendo: hoy, no te dejaré ir... Aún no es tu tiempo, no es el mío, no es el nuestro.

La mujer permanecía al lado de su compañero de vida, atada por sentimientos enraizados en su corazón desde más de cincuenta años, que habían recorrido su cuerpo por entre las arterias y venas más minúsculas, y se transparentaban al mirar con atención su piel. Su mirada hablaba por ella, aunque sus labios enmudecieran sellados con la tristeza y el dolor que ella se negaba a dejar salir... ni a pronunciar palabra que le diera vida a lo que la mataba.

Quizás increpara contra alguien o fuera áspera y ruda: no era ella, era su dolor que se le volvía furia. Pues, poco a poco ella también moría... Por eso, no quería dormir, solo estaba alerta al rostro de su ser amado, pero tarde o temprano, el sueño la vencía y era como si muriera, un rato.

Cada noche, desde que él había caído en cama, ella se acurrucaba a su lado y, en cuanto se dormía, comenzaba a decirle: "quédate conmigo, no te vayas tan pronto, aún sé tan poco de tu vida antes de mí... Cuéntame de tu infancia, dime: ¿qué tan alegre y feliz fuiste de niño? Pero, conocía la respuesta, muchas veces lo había escuchado decir: "Fui un niño muy alegre y muy feliz". Entonces, ella que era toda contradicción, sospechaba que solo era una careta, la máscara que a él le gustaba usar cuando alguno se atrevía a dudar de que sabía sonreír... Y, eran los que no lo conocían bien, no como ella.

Qué había en realidad detrás de esa expresión: "Fui un niño muy feliz..." Ahora, ella también lo sabía. Hubo una vida hermosa, una que él se construyó libremente con firmeza y tranquila expresión, en derredor de sus estudios primarios, de la secundaria, y posteriores... ¡Cuánto ama, recordar su Secundaria!

...Y fuimos allá, él quiso regresar a ver cómo estaba su escuela, en la que se quedó los tres años, a pesar del intento del padre por cambiarlo cuando se mudaron de casa... Recordó y nos dijo el nombre completo del Director de hacía sesenta años, ese que le negó al padre que lo cambiara de escuela: "...este niño se queda aquí...aquí fue inscrito, y aquí hará los tres años". Se le iluminaba la mirada con un brillo único en sus ojos, al recordar ese hecho de su pasado.

Ahora, de noche, en aquella habitación donde ambos dormían, las cortinas permanecían cerradas. A ella siempre le gustó la media luz, la penumbra y el silencio de la noche. Disfrutaba la soledad en compañía de su amado, con quien había recorrido tres cuartas partes de la edad que ahora tenían ambos. De día, la abría, recorría la cortina gruesa y dejaba solo la transparente, para que entraran algunos rayos de sol.

Los días pasaban... y, el mal no lo



dejaba tomar de nuevo sus fuerzas, su firmeza en las piernas, sus músculos habían huido, pero no importaba, ¡claro que no!, con su amor, con sus tés, con sus licuados, con su dieta diaria, con las medicinas, ella lograría que él volviera a ser el mismo de antes: "¡Sí, sanarás... imploraré, no dormiré, haré cuánto me digan que sirve para aliviarte!"

Ya lo verás, aquí seguiremos, discutiendo, riendo, caminando por los parques del barrio, viendo a los hijos amarse a sí mismos tanto como entre ambos, amando a sus parejas... ¡Ya lo verás! ...en un año: Dios, la vida, los médicos, la buena alimentación, los sonidos... Pero, sobre todo, nosotros: haremos el milagro. ¡Nos falta tanto por compartir!

"No se te ocurra morir en domingo, ni en ningún otro día... ¡No mientras yo viva! Murmuró, con un nudo en la garganta y una determinación inquebrantable en su mirada y pensamiento".

EL LATIDO JUSTO DEL TIEMPO CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Enrique odiaba dormir solo. Lo hacía en su cama matrimonial, del lado derecho, porque en el centro se formaba un pozo y para él, esa parte del lecho lo hacía hundirse dentro de una tumba que lo oprimía quebrándole los huesos y arrebatándole el aire. Evitaba acostarse consciente de su soledad, le impedía conciliar el sueño. Tomaba cuatro o cinco cubas a partir de las diez de la noche, sentado en su sillón para dos, viendo series de televisión en secciones de dos capítulos por noche. Dos horas más tarde y mareado, se dirigía a la cocina, tomaba

un par de aspirinas, apagaba las luces y se metía en la cama sin cepillarse los dientes. Dormitaba tres horas hasta que se levantaba a orinar con un muy ligero dolor de cabeza. Regresaba directo para intentar descansar, en la medida de lo posible, el resto de la noche. A las seis de la mañana sonaba la alarma del teléfono. La suspendía y la volvía a programar para que se encendiera diez minutos más tarde. El suplicio de despertar se repetía. Por la ventana notaba el cielo comenzando a aclarar como un trozo de hielo que emerge del fondo de un vaso oscuro de cuba. Enrique se desenterraba de debajo de las cobijas y buscaba a tientas las pantuflas. Sentía el pequeño bulto y dejaba que los pies se movieran por sí mismos. Con el corazón palpitando como si un monstruo marino hubiese entrado a su recámara para despertarlo con un grito, se impulsaba con fuerza casi inhumana hasta chocar su cabeza contra la pared escarapelada junto a la cama. Era momento de comenzar su diario viaje al mundo de las inconsecuencias: un empleado más y humillado, en la oficina gubernamental del registro civil de los matrimonios y divorcios de la ciudad.

Enrique había estado casado. Tenía dos años divorciado. Los kilos daban constancia de ello. Con frecuencia se sentía avergonzado cada vez que recordaba el día de su boda. El trámite lo había realizado la pareja con ilusión: en esa misma oficina donde laboraba Enrique: Su compañero más querido había sido el responsable de leer el código para exhortarlos a procurarse respeto, igualdad y ayuda mutua. La epístola de Melchor

Ocampo del siglo XIX fue leída con elocuencia; pero cuando se escuchó el pasaje en el que la mujer debía ser sumisa y obediente, una pequeña risita golpeó las cuerdas vocales de la novia, lo que a nadie preocupó, viviendo ya en pleno siglo XXI.

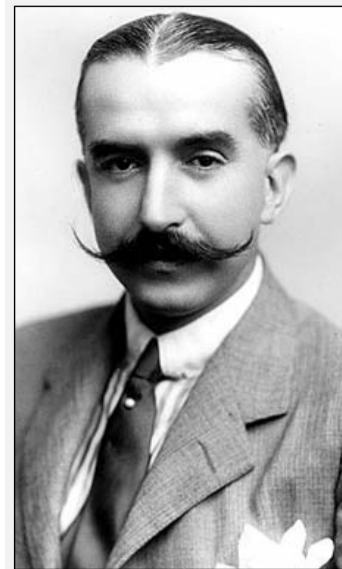
Bastaron tres años para que ella se enamorara de su propio jefe, trabajando en un reconocido despacho de abogados, y desmoronara y se desenamorara de su marido. Enrique y la mujer regresaron al registro civil: a divorciarse ante la vista y sorpresa de todos los compañeros de trabajo. Una masa densa y fría acompaña a Enrique todos los días desde entonces. Es una podrida fruta la que le ayuda a pompear sangre desde su corazón. No tardó su voz en volverse fina: una hoja que rebana su garganta cuando pregunta a los interesados la información necesaria para llenar las correspondientes actas de matrimonio o divorcio.

Hasta aquel día en que llegó ante su escritorio una pareja desigual en edades. Una joven once años menor que el novio. Arribaron apurados, uno corriendo detrás del otro, pidiendo que nos les cerraran las oficinas, con los papeles y requisitos para la unión, en un folder de cartón bajo el brazo. Enrique detuvo su acción momentáneamente: prepararse para cerrar su computadora, pues el tiempo para la salida se aproximaba. Dejó escapar una notable mirada que arrebataría la confianza a cualquiera.

Revisó los papeles: Solicitud de matrimonio; actas de nacimiento; identificaciones oficiales; comprobantes de domicilio, ausencia de violencia familiar y sin adeudos de pensiones alimenticias... y... "¿Me pasa el examen de compatibilidad sanguínea?" "¿Qué es eso?", preguntó el novio. "Sin ella, no podemos celebrar el matrimonio. En caso de incompatibilidad, sus hijos tendrían alguna enfermedad". Palabras secas que provocaron silencio en la pareja: el cual sembró mayor silencio en el resto de los escritorios del lugar.

"No pensamos tener hijos", dijo ella. Una pequeña risa burlona hubiera podido fotografiarse en el rostro de Enrique durante los siguientes cinco segundos.

Los novios carecían de dinero para rentar un lugar donde vivir juntos. De hecho, después de la boda, cada uno seguiría viviendo con sus padres. Él contaba con trabajo y, por tanto, con Seguro Social. Ella, no. La novia era quien padecía cáncer y requería operación urgente. Un día más y los papeles de matrimonio no estarían listos para ingresar a los servicios de salud ese mes. Perderían la oportunidad de programar la operación a tiempo. Así se lo explicaron los jóvenes a Enrique, quien observó con asombro a la pareja. ¿Y el amor? Segundos más tarde, dijo: "Miren... si hago el trámite, yo puedo perder mi trabajo... y usted la vida de un hijo si no les advierto... pero ya les advertí... Y como a mí tal vez me venga bien cambiar de empleo, vamos a hacerlo". Con la voz suave de un bistrú que retira con cuidado el mal: les indicó la sala donde debían esperar al juez, para ser casados diez minutos más tarde... La operación médica se realizó al latido justo del tiempo... y salvando una vida.



Pedro Muñoz Seca

(Puerto de Santa María, 1881 - Paracuellos del Jarama, 1936) Dramaturgo español. Practicó la abogacía y fue profesor particular, pero su verdadero oficio fue el de autor teatral. Máximo representante del teatro humorístico de principios del siglo XX, sus obras gozan aún de una gran popularidad.

Su habilidad para versificar y para los juegos de palabras, junto a la distorsión grotesca de la realidad que presentaba en sus piezas, crearon el llamado "astracán", una variante del género chico.

Aunque por su falta de autocrítica es considerado un autor menor, y a pesar de que sus obras halagaron en exceso a los sectores conservadores, lo cierto es que el teatro de Pedro Muñoz Seca cosechó un éxito popular rotundo, hasta el punto que se hizo costumbre aprender de memoria fragmentos de sus estrenos, especialmente de La venganza de don Mendo (1918), parodia delirante de los dramas medievales.

Muñoz Seca alcanzó éxitos resonantes. Entre sus obras más célebres pueden citarse Los extremeños se tocan, zarzuela sin música; Usted es Ortiz (1919), burla de las tendencias superrealistas; Faustina (1919) y Satanelo (1930), visiones jocosas del mito de Fausto; La plasmatoria (1935), con el tema del espiritismo y la reencarnación del Tenorio. También escribió farsas como La caraba (1922), y Calamar (1927), sátira contra el mundo del cine; y La oca (siglas de una imaginaria libre asociación de "obreros cansados y aburridos"), una sátira antiobrera.

En El roble de la Jarosa (1915) intentó la comedia seria. Colaboró con frecuencia con Pedro Pérez Fernández.

El teatro de Muñoz Seca puede valorarse como un antecedente de la obra humorística audaz, pero inteligente y sólida, de Enrique Jardiel Poncela. Muñoz Seca, que en varias ocasiones había manifestado desde la escena sus ideas antirrepublicanas, murió fusilado en los inicios de la Guerra Civil.

Joana Bonet

Las croquetas de la abuela

En sus diarios, Virginia Woolf cuenta que tiene que dejar de escribir para guisar la cena. "Creo que ciertamente es verdad que una adquiere cierto dominio sobre la carne de salchicha y sobre el róbalo por el medio de hacerlos constar por escrito". Woolf era una virtuosa literaria, pero eso no la eximía de las tareas impuestas a las damas hacendosas. De ahí que, en un ensayo sobre las profesiones femeninas, señale que "el deber de toda mujer escritora es matar al ángel del hogar". Su sentencia caló, aunque solo entre nosotras, que decidimos acabar silenciosamente con el fantasma doméstico que se aparecía bajo la forma de una fregona, escapando de la abnegación propia de las buenas amitas de su casa. Y para ello contamos con complicidades inesperadas: las de nuestras propias abuelas y madres.

Curiosamente, hoy, en mi casa se oyen quejas con sorna. "Queremos comer unas croquetas de la abuela, pero tú no sabes cocinar", me dicen, haciendo suya esa

nostalgia que han comercializado las marcas de congelados. El caso es que ni mi madre ni mi abuela —como tantas otras— se preocuparon por enseñarme sus recetas. "Tú estudia", me decían mientras bregaban entre los vapores de sus ollas. Ellas se quedaban con sus cuchillos frente a los fogones y yo me ocupaba de mis metáforas. Nunca tuve tanto tiempo propio como en aquellos años de estudiante ni volví a disfrutar de largas horas de lectura porque su gran transferencia fue la generosidad y el aliento para que lograra mi emancipación intelectual y profesional.

El viernes se celebró el día de la Mujer y la Niña en la Ciencia, y el sesgo de género volvió a aflorar. El número de mujeres que se dedican a las llamadas carreras STEM (ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas) retrocede. Y mucho más después de la pandemia, cuando tuvieron que interrumpir sus estudios porque alguien tenía que preparar las croquetas de la abuela.



ad pedem literae

La muchedumbre no razona jamás

Gregorio Marañón

Letras de buen humor

Lo sabe todo, absolutamente todo. Figúrense lo tonto que será

Miguel de Unamuno